

Gustavo Adolfo Chaves

De dispersos a imposibles. Sobre *Retratos de una generación imposible: Muestra de 10 poetas costarricenses y 21 años de su poesía (1990-2010)*, de Gustavo Solórzano-Alfaro

University of Maryland, College Park

gchaves@umd.edu

Retratos de una generación imposible es quizá la selección de poesía costarricense menos inclusiva y mejor pensada que se haya publicado en el país. Reúne a sólo diez poetas activos provenientes de los distintos talleres literarios que funcionaron en el país en las últimas décadas. Y aunque su editor Gustavo Solórzano-Alfaro aclare que esto es “una escogencia personal”, los comentarios críticos incluidos dejan ver que hay poco de arbitrario en sus escogencias, y que este libro es una seria intervención crítica sobre la producción poética reciente.

Es difícil no caer en la tentación de trazar un paralelo entre esta obra y la *Antología de una generación dispersa* (1982), de Carlos María Jiménez, Jorge Bustamante e Isabel C. Gallardo.¹ Para empezar, ambas llevan impreso en su título la intención de dar sentido a un grupo de autores (una “generación”) que sin embargo, y por diversos motivos, escapan a cualquier intento de agrupamiento. Solórzano-Alfaro podría firmar esta frase de los antólogos de la generación dispersa: “Si en algo se puede ‘agrupar’ a esta generación, es precisamente en su incoherencia, su ambivalencia, su desincronización, su falta de polos directores y aglutinantes.” (10).

¹ Jiménez, Carlos María, Jorge Bustamante e Isabel C. Gallardo, eds. *Antología de una generación dispersa*. San José: Editorial Costa Rica, 1982.

En cuestión de treinta años hemos pasado de una generación *dispersa* a una generación *imposible*. Imagino que con generaciones más *posibles* y *aglutinadas* el trabajo de la crítica sería más sencillo, pero si así fuera la poesía costarricense moriría de asfixia. Y por eso extraña esa negatividad calificativa por parte de los antólogos de estos libros, porque si algo desea uno al leer estas dos muestras de dos épocas contiguas es que los poetas incluidos fueran un poco más distintos entre sí.

Los poetas de la generación dispersa nacieron entre 1950 y 1960, así que casi todos eran aún veinteañeros cuando esa antología apareció. Los de la generación imposible nacieron entre 1966 y 1977, lo cual quiere decir que ahora están entre los treinta y los cuarenta años. Esta subida en la edad quizá se deba a uno de los requisitos de inclusión impuestos por Solórzano-Alfaro (tener al menos dos libros publicados), pero no muestra necesariamente mucha mayor madurez de una generación a la siguiente. Los mismos límites y horizontes (desde diferentes posiciones estéticas) siguen manifestándose generación tras generación en la poesía costarricense: el mismo ensimismamiento y las mismas resistencias hacia la poesía preciosista, por un lado, y hacia la realista, por otro. En términos ideológicos, seguimos en 1970.

Peleada con su pasado pero ignorante de él, la poesía costarricense repite cíclicamente las mismas taras de intimismo y de un cansino gesto del maldistismo (oficialista o no), que lo único que ha logrado, en casi todos los frentes, es “romper el lazo escritor-lector”² que de por sí nunca ha logrado anudar.

La antología de Solórzano-Alfaro abre con Alí Víquez (1966), cuya inclusión es uno de los rescates más meritorios operados por esta colección. Víquez es mejor conocido como narrador y quizá por eso su poesía ha pasado casi inadvertida. Al menos dos de los mejores poemas de este libro (“Un pedazo más de olvido” y “La Urraca: Monet 1869”) son obra de Víquez. Su imaginación y habilidad narrativa le dan al libro un buen inicio, a pesar de ciertos ritmos pobres y

² La frase es de Luis Chaves, de su prólogo a la *Antología de la nueva poesía costarricense*, editada por él y publicada en Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, 2001 (11).

frases haraganas de sus poemas más recientes: “Quiero saber si en la premura / de los besos / se alcanzan a entender las razones / de peso por las que yo te quiero” (37).

El siguiente en la muestra es Mauricio Molina (1967), un poeta al que se le ha calificado de incomprendido, pero que en realidad es incomprensible. Molina es el caso ejemplar del poeta tico que trueca una forma de oscuridad por otra sin ganancia alguna para la poesía y sus lectores. Lo más que se logra percibir es una especie de relación mística y privada entre él y sus mitologías, pero esta relación –insisto– casi nunca le llega bien al lector. Originalmente, la propuesta de Molina apuntaba a parodiar el discurso vacuamente mistificador de cierta lírica, pero al cabo de un tiempo su insistencia en la misma línea ha convertido sus poemas en parodias de sí mismos. Versos como “Adiós a las larvas hervidas del mundo” o expresiones como “la nostalgia del semen” revelan más a un adolescente gótico que a un poeta con oficio. También, y para recalcar lo de las taras cíclicas, estrofas como “Aléjate de mí con tu terrible negra claridad / candelabro de llamas de bronce / mármol incendiado en el almíbar de los cocteles” las escribía Carlos de la Ossa hace treinta y cinco años. Y las escribía borracho. Cuando uno lee estos poemas y piensa que esta es la primera generación de poetas costarricenses surgida de talleres literarios, uno no puede más que preguntarse qué tanto hacían estos escritores en sus talleres.

Luis Chaves (1969) es tal vez el referente central de esta generación “imposible”, el que genera más epígonos y resistencias. Su ironía tocó un nervio que nunca se había palpado en nuestra poesía. Solórzano-Alfaro incluye los poemas largos de Chaves, que son los que mejor muestran su habilidad para la imagen personal, la temática del desgaste y su talento compositivo. Sin embargo, la evolución de Chaves ha buscado intencionalmente alejarse de esta forma de poesía para buscar un tipo de expresión más austera, menos *poética*. El hecho de que esta parte de su producción no se incluya en esta muestra subraya no sólo las preferencias del antólogo sino también –y esto es lo más importante– la incomodidad que genera Luis Chaves, pues es un autor que, como pocos, se puede apreciar o rechazar en sus propios términos, unos términos que están siendo siempre cuestionados hasta por el mismo autor: “más que literatura, esto es deforestación” (“Titular”, del libro *Chan Marshall*, no incluido en esta muestra).

María Montero (1970) es una de las dos mujeres incluidas en la muestra, y su presencia cuenta en virtud del desgarramiento personal que muestran sus poemas, mucho más efectivos que los de Alejandra Castro y mucho más atrevidos que los de Meritxell Serrano (una de las ausencias extrañas en esta antología). Sin embargo, en términos de estilo, María Montero prueba que incluso en una antología de diez poetas hay espacio para redundancias. Si a Luis Chaves se le ocurre un día escribir unos tres o cuatro poemas feminoides, ya no habrá necesidad de María Montero. Chaves ha cubierto mucho más campo con esa línea de escritura, mientras a Montero sólo parece justificarla hoy su rebelde personificación de la feminidad.

Mauricio Vargas Ortega (1971) y Alejandra Castro (1974) caen en eso que Solórzano-Alfaro llama la “tradición lírica española” y que a los lectores nos llega en forma de rara palabrería: “¡Muera tu respuesta ensangrentada!” (100). El primer poema de Vargas Ortega es un fragmento exquisitamente concebido. Pero el aliento de Vargas es épico, y sus otros poemas son chorros de versos casi siempre deshilvanados. Esto, que para algunos es barroquismo, no pasa de ser palabrería ornamental, que no es precisamente el material más resistente para hacer poesía. Por otro lado, los poemas de Alejandra Castro son rítmicamente vibrantes. Pero al igual que a Vargas Ortega, a menudo se le caen con vaguedades retóricas o interjecciones pseudo-calderonianas del tipo “¡Heridme, / heridme ahora!” Realmente no encuentro nada elegante que decir respecto a esto. La poesía de Vargas Ortega y la de Castro es la que más se diferencia del resto de esta generación imposible, pero lo hace por no llegar aún al cuestionamiento del lenguaje que mejor distingue a esta generación de la generación dispersa, algo que es clave en la nueva poesía costarricense.

Joan Bernal (1974) sabe tanto de ritmo como Castro y, aunque también tiene sus excesos, su lenguaje es infinitamente más interesante y cercano para el lector. Incluso en los segmentos más tediosos de algunos de sus poemas, se puede sentir algo aconteciendo, algo moviéndose. Es un autor que toma riesgos propios. Su sentido compositivo es notable, pero a menudo se siente tentativo, complaciente y hasta cliché: “mortal condena tú si no me besas” (167).

Y si en Joan Bernal uno siente que algo está pasando, en Esteban Ureña (1971) uno siente que ya todo pasó, y que lo que uno está presenciando es un recuento. Es difícil que una poesía como la de Ureña encuentre resonancias entre los lectores. A veces creo que a su poesía le falta erótica, que diría Susan Sontag. Quizá a Ureña no lo mueva el afán de gustar, como ha escrito de paso Juan Murillo,³ pero uno no puede dejar de preguntarse qué valor tiene este gesto en un lugar y en una época donde la poesía en general no le gusta a nadie. Con todo, Ureña es un poeta que le apuesta con éxito a una de las líneas menos exploradas de nuestra poesía (la intelectual), y ofrece recompensas de verdadero arte a quien se tome el trabajo de leerlo. En línea con lo que decía al principio: hay que dar gracias por la variedad.

Mainor González (1974) es el otro rescate de esta antología. Sus poemas se pasean por la denuncia, pero el desencanto que los mueve no acaba en lamentación, sino en ideas claras. Es el heredero directo de la vena contestataria de la generación dispersa, pero mucho menos estridente. Vale la pena memorizar su poema “Posmodernismo II”.

Por último aparece Alfredo Trejos (1977): una poesía inteligente, culta sin ser pedante, sentida sin ser sentimental. Pocos poetas actuales son capaces de hacer cosas buenas con trucos viejos como la anáfora: “Sinceramente no puedo / con los dolores que recaudo / con las ventanas humeantes / con las mujeres hundidas / con la ciudad que implora / bajo la bota del invierno” (192).

Juzgada desde la vitrina de esta antología de Gustavo Solórzano-Alfaro, la poesía costarricense aún se ve muy amateur. Urge por ello pasar del tradicional discurso crítico de las influencias al de las propuestas concretas. Con todo, no se me ocurre un mejor lugar que esta antología para empezar a pensar nuestra lírica actual. A mi juicio sólo le faltan Klaus Steinmetz (1961) y la ya mencionada Meritxell Serrano (1969) para completar el mapa de esta generación contemporánea. Aún así, es de agradecer que el libro se limite a unos pocos poetas, porque de por sí siempre lo bueno es escaso.

³ Ver el comentario de Murillo en la entrada “Luis Chaves y la legión de los súper malos”, en el blog *El Más Violento Paraíso*, del escritor Alexander Obando (<http://elmasviolentoparaiso.blogspot.com/2009/05/el-emperador-luis-chaves-y-la-legion-de.html>).

Los reseñistas locales acostumbran a despachar estos trabajos antológicos con una frase que queda bien con todo el mundo: “ya dirá el tiempo qué quedará de estos poetas”. Yo he preferido por una vez decir algo antes que pasen otros imposibles treinta años y sigamos dispersos en lo mismo.

Solórzano Alfaro, Gustavo. *Retratos de una generación imposible: Muestra de diez poetas costarricenses y 21 años de su poesía (1990-2010)*. Introducción y notas de Gustavo Solórzano-Alfaro. San José: EUNED, 2010. 248pp.